

# La moda de ligar en la 'tele'

BERTA BEL

Hace un par de semanas llamó al programa *Parlar per parlar*, de Radio Barcelona, una señora que decía tener celos de su marido por la forma en que miraba a las chicas que salían en televisión. Suerte tuvo esta palomita blanca de que su gavilán no volara hasta TV-3 o Tele 5 a probar fortuna en los concursos *Amor a primera vista* y *Contacto, con tacto*, porque a lo mejor a estas horas estaríamos hablando de hechos consumados.

Antes, la búsqueda del amor solía ser un asunto privado, capaz de poner rojo al más pintado. Ahora la televisión se ha otorgado el papel de casamentera o de caja de citas y ha dejado el rubor para el museo.

El fenómeno del lígüe televisivo se inicia en Estados Unidos en 1965 con *The dating game*, programa en el que un soltero vividor escogía su cita ideal, sin haberla visto, mediante una serie de preguntas provocativas. Más tarde llegaría *Love connection* y sus réplicas provocativas *Studs* y *Night games*. En *Studs* dos hombres intercalan sus citas con tres mujeres y luego con todo lujo de detalle cuentan sus experiencias.

Por regla general, si se produce la afinidad de caracteres entre uno de los hombres y una de las mujeres que concursan —es curioso pero la fórmula de dos mujeres por tres hombres nada tiene que ver con las ciencias exactas— se gana un viaje que es como una luna de miel.

Tres parejas ganadoras de un viaje en uno de estos concursos tuvieron una suerte muy distinta finalizado el programa. El primer caso es el de una chica a la que su padre no dejó ir de viaje, por lo que su progenitor abonó el importe al concursante masculino y aquí paz y en el cielo gloria. En el segundo episodio, la pareja ganadora hizo el viaje, se enrollaron y ahora son de esos amigos que se llaman de vez en cuando. En el último, ella iba por el viaje y él por lo demás. El viaje de novios acabó en luna de miel. ■



## Fieles gracias al 'fast food'

BERTA BEL

Si, como dice Jorge Luis Borges, "la historia se repite y todos los hombres son el mismo hombre", no es de extrañar que los antiguos egipcios, que entendieron la creación del mundo como una eyaculación del dios Atum, hayan tenido por descendencia a los modernos franceses, empeñados en mantener su fidelidad a costa de masturbarse. A diferencia de los indios de Kegaba, en Colombia, que consideran que la tierra está completamente saturada de espermatozoides y dispuesta a estallar, los franceses han optado por el pensamiento que inauguró Descartes con su *Discurso del método*. Ya no se trata de dar una explicación al mundo, a la existencia y a todo eso, sino de ser operativos en un momento en que el sida cava tumbas entre los que viven de prisa.

La masturbación es ahora una forma de *fast food*, segura, rápida y a domicilio. El tam-tam de la monogamia, que nombraba el psicólogo Carmelo Vázquez, está haciendo furor en el Occidente precavido. Al puritanismo moral le faltaba un elemento, el miedo. Pero teoría y práctica son ya una misma cosa.

Dos recientes estudios publicados por la revista *Nature* indican que el comportamiento sexual de las personas apenas ha variado en los últimos años por lo que se refiere al número de *partenaires*. Sin embargo, en Francia baja la infidelidad y sube la masturbación, según un trabajo del Instituto Nacional de Estudios Demográficos. El 84% de los hombres y el 42% de las mujeres se masturban regularmente. Incluso un sexólogo ha presentado un ejercicio de masturbación de 45 minutos de duración que ha llamado *Pleasuring yourself*. La fidelidad, mientras, gana adeptos de modo que sólo un 20% de los franceses dice ser *bigamo*.

Nada adelantan las encuestas sobre si la masturbación puede considerarse una forma moderna de infidelidad. La forma de quienes no asumen riesgos pero sueñan con hacerlo. La forma de los atrapados por una cultura que se escapa por las manos. ■



# Incestos de película

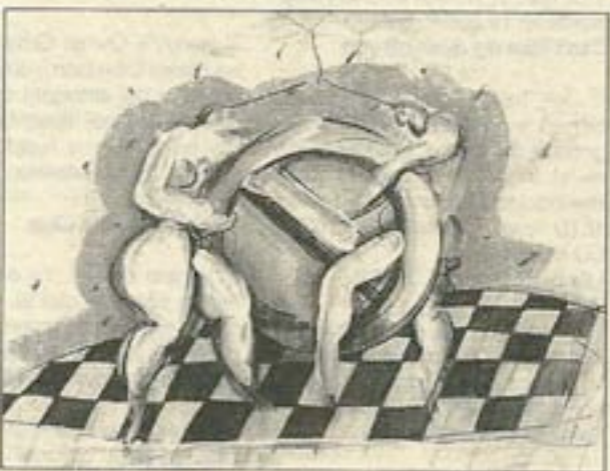
BERTA BEL

Nunca hasta ahora Woody Allen, autor, entre otras, de *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura* y *Todo lo que usted quería saber sobre el sexo y no se atrevió a preguntar*, había escandalizado tanto a la concurrencia como con su reciente idilio con Soon-Yi, la hija adoptiva de Mia Farrow. En este incesto de película, mitad ficción, mitad realidad, Woody ha logrado sofocar a la ya de por sí acalorada clase media norteamericana. Sin embargo, no ha sido un incesto clásico, del tipo del de *La caída de los dioses* (madre e hijo) de Federico Fellini o de *El hotel New Hampshire*, (hermano y hermana). Ha sido de mentirijillas pero, aún así, explosivo.

El incesto, en efecto, es un tema tabú. La mitología griega y la Caligula romana —por no hablar de Nerón— escribieron ardientes episodios al respecto. De hecho, se admite que en la infancia, cuando la moralidad vigente aún está confusa, se producen con asiduidad contactos de este tipo, que remiten con la madurez. Si más tarde vuelven a aflorar, se suelen asociar con conductas violentas del tipo: *Un padre abusa de sus dos hijas...*

Según una reciente estadística, sólo tres de cada diez españoles varones consuman sus fantasías eróticas, cifra que disminuye a una de cada diez en las mujeres. Respecto al incesto, merecedor de un párrafo en el trabajo, se dice: **"El incesto imaginado es relativamente frecuente, aunque no suele realizarse, si bien el medio rural lo favorece"**.

Pero volvemos a Woody Allen y a su delito. Hay un refrán que dice: **"En el amor no hay edades"**. Es cierto. Lo que no explica es que existe un afán por tabular —por controlar— cualquier conducta anormal. La pregunta que se le hace a Woody Allen es si alguien de su prestigio podía mostrar un comportamiento tan **"anti-social"**. La sociedad norteamericana —un poco menos la nuestra— lo tiene claro: es culpable. ■



# Erotismo vía teléfono

BERTA BEL

**"Sé que estás ahí y que tu voz puede acompañarme y darme placer. Estoy sentada en mi sofá preferido; es azul. Llevo puesto un salto de cama que realza mis piernas morenas, mi sedosa piel. Me gustaría que empezaras besando con soltura los dedos de mi pie"**. Esta mujer que entró en una dinámica en-diablada y que se fue excitando hasta extremos grotescos conforme pasaron los minutos es un claro ejemplo de lo que se ha dado en llamar sexo electrónico.

Cabe hablar de dos modalidades: la cinta pregrabada, que funciona a pifón fijo y que alcanza el clímax a los diez minutos de audición, y el contacto con profesionales a quienes se sugiere que consigan la satisfacción total de sus clientes en no más de 15 minutos. En cualquier caso, se trata de estadios avanzados del vivir por delegación, de vibrar —no sexualmente claro— con un gran partido de fútbol, de sentir en propia carne una gran pasión televisiva o cinematográfica o de gozar a través del sonido enlatado de un teléfono.

Este procedimiento, en apariencia tan revolucionario, es, no obstante, profundamente conservador y dibuja el modelo de sexualidad de más rabiosa actualidad. Como ha dicho el sociólogo Enrique Gil Calvo, se trata de prótesis tecnológicas de la cultura masturbatoria presente, que se apoya en la clandestinidad. **"Se da rienda suelta a los instintos —reflexiona Gil Calvo— pero sin riesgos. Se extrae el placer que pueden proporcionar los demás, pero sin soportar el coste de la vergüenza que puede producir el cara a cara. En algún sentido, lo que hace esta gente es lanzar botellas al naufrago para poder comunicarse"**.

Un naufragio que es generalizado, a juzgar por el número de llamadas, y que amenaza con convertir el placer en un esclavo a sueldo del materialismo. De seguir así, no sería de extrañar que todo, absolutamente todo, acabara costando dinero. ■



# Padres sólo hay dos

BERTA BEL

Cuando el niño cumplió 2 años la duda se hizo sospecha. Los ojos pardos, el pelo azabache y la nariz chata presagiaban la tormenta. A su padre, desde luego, no se le parecía ni en pintura. Un enigma que los vecinos resolvían con escuetos "ejem, ejem" cuando coincidían en la escalera. Y es que el chaval no era de Luis. Era de Pepe, el de la oficina.

Mariano Ozores fue el primero en recrear el percal. Pero hasta ahora no había números. La estadística, que tanto respeto infunde, ha porcentuado los temores: alrededor del 7% de los padres legales no son los biológicos. Este es el veredicto del equipo de Genética Molecular del Hospital de Sant Pau de Barcelona. Un porcentaje que, por si sirve de consuelo, asciende en Francia al 10%. Analizar la huella genética del individuo, una técnica a la que los especialistas atribuyen una fiabilidad casi absoluta, cuesta alrededor de 30.000 pesetas y, normalmente, precisa los análisis de padre, madre e hijo. La perfección de esta prueba radica en que los genes que transmitimos a nuestra descendencia provienen, a partes iguales, del código genético del padre y de la madre.

Al contrario de la maternidad, que no admite medias tintas por tratarse de un acto físico e inequívoco, la paternidad es imprecisa: existe la posibilidad de que una mujer haya mantenido más de una relación en el periodo previo a la gestación. Las revistas del corazón ya habían reparado en esa circunstancia. Julio Iglesias, Maradona y varios Jackson aparecieron en su momento salpicados por esa publicidad. Ahora, tal vez nos toque el turno al resto de los mortales. Sin embargo, nadie debería olvidar la pregunta clave: ¿quién es realmente el padre? ¿el que otorga el ADN o el que ejerce a diario de progenitor? Madre sólo hay una, pero padres bien pudiera haber dos. De su juicio sobre la paternidad dependerá que se decante por alguno de ellos. ■

